

EL ESPIRITU PUBLICO.

SE PUBLICA, POR AHORA, TODOS LOS JUÉVES.

Año I.

PUNTOS DE SUSCRICION. En las oficinas del periódico, calle del Arco de Santa María, núm. 3, y en las librerías de Bailly-Baillière, Plaza del Príncipe Alfonso, núm. 15.—Cuesta, calle de Carretas, 9.—Lopez, calle del Carmen, 29.—Durán, calle de Carretas.

Juésves 5 de Noviembre de 1863.

PRECIOS DE SUSCRICION. MADRID, 4 rs. al mes.—PROVINCIAS, 15 rs. trimestre.—EXTRANJERO Y ANTILLAS, 30.—FILIPINAS Y AMÉRICA DEL SUR, 40.
Se reciben comunicados y anuncios á precios convencionales.

Núm. 6.º

BOLETIN DE LA SEMANA.

La presente semana ha sido estéril en acontecimientos de importancia política. Chismes, muchos chismes sobre si Cataluña es ó no progresista; sobre si los moderados se entienden ó no se entienden; sobre si O'Donnell hizo bien ó mal anexándonos á Santo Domingo. Dimisiones de empleados que debieron ser consecuentes y agradecidos con el gobierno que les ha dado la importancia que no tienen; aspiraciones de los que mendigan los destinos vacantes; y el ministerio, echándola de astuto, despues de puro cándido, levanta una larga vara, le ata un hilo de tres ó cuatro metros, pone en la punta los nombramientos, y á la manera de aquellas máscaras que juegan al *higui al higui* con los muchachos, va tambien jugando al *higui* con los pretendientes y engolosinándoles hasta que pase el chubasco de la apertura del Congreso.

D. Alejandro Mon, que es una de nuestras muchas nulidades políticas; que abandonó á la union liberal despues de haberla servido más de cuatro años; que con asturiana franqueza la atacó en plena Cámara de diputados; que anduvo haciendo el oso en este verano por la tierra de D. Favila; Mon, en fin, que es todo ménos un hombre de Estado, figura en esta tierra, segun ahora se dice, como notabilidad, y, tuerto de conveniencia, es rey donde hay tantos ciegos de pura tontería. Hé aquí lo que se llama política en este gran país cuyos dominios alumbraba siempre el sol y que clavó triunfante su bandera en los cuatro puntos cardinales de la tierra. ¡Oh tiempos, oh costumbres!

La cuestion que con justicia tiene el privilegio de absorber hoy toda la pública atencion, es la de la apertura de las Cámaras colegisladoras. Los pueblos, ansiosos de paz, de mejores materiales y de progreso moral que pierden al compás de la pérdida de sus antiguas costumbres religiosas, están pendientes del suceso que nos ocupa. Quieren saber qué son, qué piensan, qué piden, qué hacen sus representantes en beneficio de los representados; quieren saber qué leyes van á modificar las anteriores para hacer más fácil la gobernacion del Estado; qué leyes van á ser las protectoras de la agricultura, de las artes, de la ciencia, de la industria; qué aranceles han de regir en las aduanas para dar ensanche al comercio; qué leyes van á plantearse para lograr la canalizacion de nuestros rios, que, como caminos que andan, han de llevar nuestros frutos desde el corazon del país á las orillas de nuestros mares para exportarlos y venderlos; qué leyes han de forjarse para explotar tanta y tanta riqueza como España guarda sin que hasta de presente figure, como debe, entre los pueblos más privilegiados, porque faltan brazos al arado, constancia en los gobernantes, método en las doctrinas, orden en el manejo de la cosa pública.

Ayer, segun estaba de oficio anunciado, se verificó la apertura de las Cámaras legisladoras. La Reina, previo el ceremonial de costumbre, se presentó en el Congreso de los diputados, en medio de su servidumbre y rodeada de los altos dignatarios del Estado. Hechos los acatamientos de rúbrica, S. M. pronunció el siguiente discurso:

SEÑORES SENADORES Y DIPUTADOS.

Grande es siempre mi complacencia al verme rodeada de la representacion nacional, institucion accesible á todas las opiniones constitucionales que aspiran á influir legítima y provechosamente en la gobernacion del Estado, y guía segura para el trono, que con su auxilio resuelve pacíficamente los más áridos problemas y conjura los más temerosos conflictos. Continúemos, pues, consagrándonos con solícito afán á perfeccionar nuestras instituciones. Mi gobierno tomará la iniciativa proponiéndoles las reformas que aconseja la experiencia, en la seguridad de que mi más ferviente anhelo es conocer la expresion sincera del voto nacional, para desempeñar con acierto la alta mision que plugo á la Providencia confiarme.

Terminado el mandato legislativo del último Congreso, se han efectuado nuevas elecciones dentro del plazo establecido por la Constitucion, acudiendo los electores á las urnas en gran número, sin que complicaciones que lamentamente hayan alterado el orden en medio de la animacion propia de la lucha legal de las ideas, que es lo que constituye la verdadera vida de los pueblos libres: prueba de lo que ha progresado entre nosotros la educacion constitucional, y de que van creándose costumbres públicas adecuadas á las exigencias del régimen representativo. A tan lisonjero resultado,

obra de muchos años, han contribuido sin duda, aunando sus esfuerzos, todos los partidos legítimos, así como juntos han prestado señalados servicios al trono y á la libertad. Todos, pues, por igual merecen mi aprecio y confianza.

Nuestras relaciones con las potencias extranjeras son pacíficas y amistosas. Mis aspiraciones se dirijen á mantener siempre la integridad del honor nacional y amparar los derechos é intereses españoles.

Mi gobierno, señores senadores y diputados, os presentará varios proyectos de ley, políticos y administrativos. Descuella entre todos el que se dirige á fijar definitivamente la reforma constitucional votada por las Cortes y sancionada por mí en 1857, aunque suspensa hasta ahora en algunas de sus partes. El proyecto de mi gobierno devuelve á los Cuerpos colegisladores la prerrogativa de reformar sus reglamentos, y mantiene la senaduría hereditaria, pero sin introducir un régimen de privilegio en nuestro sistema de sucesiones.

Se os presentarán tambien las bases de la organizacion de los tribunales del fuero común y la reforma de la jurisdiccion militar, sin que por ello se lastimen los verdaderos intereses del ejército y de la armada, tan acreedores á mi maternal solicitud y al reconocimiento de la patria. Así se realizará una gran reforma reclamada há tiempo por la opinion pública y necesaria para armonizar la administracion de justicia con nuestras instituciones fundamentales, quedando todas las jurisdicciones dentro de sus propios límites, y puesto en práctica el principio de la inamovilidad judicial consignado en la Constitucion de la monarquía.

A estas bases irán unidas las de enjuiciamiento criminal, en que, sin disminuir los derechos de la sociedad y de la defensa, antes bien dándoles mayor seguridad, será más expedita la administracion de justicia; y por medio del recurso de casación se mantendrá siempre viva la observancia de la ley, y se uniformará su interpretacion en todos los tribunales.

Como complemento de estas bases se os presentará igualmente la organizacion de los tribunales de comercio, viniendo á formar el conjunto de estos proyectos, cuando lleguen á ser leyes, una de las más importantes y ansiadas reformas de mi reinado.

Mi gobierno someterá asimismo á vuestra deliberacion la ley de las autoridades y cuerpos municipales, en que, siguiendo el espíritu que domina en la de organizacion de las provincias y dejando mayor latitud á la accion de los ayuntamientos, se concilien los intereses locales con los generales, se haga ménos embarazosa la marcha de la administracion, y se vaya completando la obra comenzada de la descentralizacion, en cuanto sea compatible con los intereses morales, políticos y permanentes del Estado, y con el deber que tiene el gobierno de velar por el cumplimiento de las leyes.

Espero que consagraréis vuestra atencion al proyecto de ley que os presentará mi gobierno sobre el ejercicio de la libertad de imprenta, y á otro de orden público en que, desapareciendo cuanto hay de incierto y arbitrario en el estado actual, se sujete á reglas fijas la suspension de las garantías constitucionales, estableciendo, aun para esta situacion excepcional, disposiciones protectoras de los derechos individuales.

Otros proyectos de trascendencia é importancia se someterán á vuestra aprobacion, y entre ellos el de ley electoral, los de empleados y clases pasivas, código de aguas, reemplazo del ejército, creacion de la guardia rural, expropiacion por causa de utilidad pública, subvencion para riegos, desestanco de la pólvora y reforma de la contribucion industrial y de consumo.

En cumplimiento de lo que prescribe la Constitucion, se someterán á vuestro exámen el proyecto de ley fijando la fuerza de mar y tierra, y el de los presupuestos del Estado. No encontrareis en estos rebajas respecto de los anteriores. El indeclinable aumento de las atenciones ordinarias, que coincide ahora con la disminucion de los sobrantes de Ultramar, produce un vacío que sólo puede llenarse con reformas en las contribuciones que son capaces de mayores rendimientos. En épocas de fomento y progreso como la actual, en que se ejecutan y emprenden inmensas mejoras materiales, hay que resignarse á los sacrificios que estas exigen, en la confianza de que al abrigo de la paz serán ámpliamente compensados con el acrecentamiento ulterior de la riqueza pública.

El respeto de mi gobierno á la Constitucion y á las leyes, la cordura y sensatez del pueblo español, la disciplina y lealtad del ejército y armada, y los grandes intereses creados, alejan, por fortuna, todo temor de disturbios. Sólo se ha turbado esa paz tan codiciada en la isla de Santo Domingo, y mi gobierno se ha apresurado á mandar á ella los refuerzos y fondos necesarios en tal conflicto: hay que conservar incólume la honra de nuestro pabellon, y estoy segura de interpretar fielmente el sentimiento nacional enviando desde aquí el testimonio de mi gratitud y simpatías á los valientes soldados que, arrojando mil penalidades, mantienen ileso en aquellas apartadas regiones el honor de nuestras armas, y derraman su sangre generosa por dejar tan alto como siempre el nombre del ejército español.

Mi gobierno se ocupa en mejorar la administracion de las provincias de Ultramar, objeto constante de mi solicitud. El ministerio especial creado con este fin, ha de contribuir poderosamente al acrecentamiento de su prosperidad y riqueza, con el celo mismo con que se ha esforzado ya por reparar los desastrosos efectos del terremoto de Manila, y que tan dolorosa impresion ha dejado en mi corazon maternal.

Espero, señores senadores y diputados, que Dios misericordioso favorezca mis propósitos en beneficio de nuestra querida patria. Cuento con vuestra cooperacion, llena de confianza en la hidalguía española. Inmensa es tambien mi gratitud hacia esta gran nacion, tan celosa de su independencia y de su gloria, como digna de ser feliz y venturosa. Ella rodeó mi cuna y amparó mi derecho, inspirándome el sagrado deber, que cumplo decidida, de anteponer su dicha á la mia y á la de mis hijos. Ella, en fin, me revistió de la personificacion de su nuevo estado social, y me identificó con las instituciones constitucionales, de las que seré siempre escudo y defensora.

Cada vez que dirijimos la vista hacia el horizonte político de Europa, lo hallamos más y más cargado de negras y espesas nubes, que presagian desde luego próxima é inminente tempestad. En Italia, vemos la revolucion, tranquila en su superficie como la lava de sus volcanes, fermentando sordamente, y sordamente labrándose una salida que no tardará en estallar, y que arrastrará en pos de sí, como torbellino de fuego, cuanto encuentre á su alcance. Vemos á la infeliz Polonia, defendiendo su nacionalidad y el derecho sacrosanto de su independencia, luchar á mano armada con el autócrata feroz, que, hollando con poderosa garra lo que hay de más sagrado para un pueblo, el sentimiento de su dignidad y su decoro, apela á la fuerza brutal para ahogar ese sentimiento poderoso. En vano acude á las Potencias extranjeras demandando noble auxilio: el eco de su lamento se pierde en los gabinetes de las cancellerías, y las Potencias mediadoras acuden á las notas diplomáticas, como si ese pobre paliativo, como si ese gastado recurso fuera suficiente á detener la sangre generosa que corre del corazon de un pueblo oprimido. Los Estados del Norte-América ofrecen un espectáculo sangriento: federales y confederados levantan una guerra de exterminio: Inglaterra se pone en guardia; Alemania amenaza á Francia, y todo parece indicar la aproximacion de un inmenso cataclismo.

Ahora bien, en vista de estas graves complicaciones que amenazan turbar la paz del mundo, en vista de todas estas cuestiones tan difíciles de resolver como imposibles de prolongarse, y que tendrán por lo mismo una solucion muy próxima, deber es de todos los hombres que profesan ideas de orden y de Gobierno, agruparse como una sola familia en torno de instituciones venerandas, y formar un valladar, inexpugnable contra todos esos acontecimientos, que, tarde ó temprano, han de afectar en cierto modo á nuestra nacion. Por otra parte, la cuestion de Méjico, no terminada aún, la insurreccion de Santo Domingo que tan fatales consecuencias puede traer, y la tenaz insistencia con que las tribus salvajes de Africa nos amenazan á cada momento burlándose de los tratados y haciendo estéril la sangre derramada y los sacrificios que se impuso la nacion española, todas esas cuestiones, repetimos, son otras tantas causas de fundado temor para que dejemos de precavernos contra los acontecimientos que tan abocados están á resolverse próximamente, quizás en la inmediata primavera.

Así lo han comprendido sin duda ciertos prohombres del partido destruido en el año 1854, quienes despues de un interregno de nueve años se preparan á volver á la lucha,

pretendiendo resucitar el moderado puro en su expresion más sintética. Oigamos cómo se explican, por medio de su nuevo órgano *La Libertad*, en el prospecto que han hecho circular en estos días. Hablando de la disolucion de los partidos dicen:

«Los partidos no se disuelven. Se pueden disolver las multitudes congregadas por un interes pasajero ó arrastradas por el prestigio de un tribuno á un objeto determinado; esas grandes masas, llamadas partidos, cuya voz, semejante al trueno, es el conjunto de tantas voces; cuyos movimientos, imponentes como el oleaje, son el resultado de tantos movimientos; que piensan, como un sólo hombre, en tantas cabezas; que sienten, como si no hubiera más que un corazon, en tantos corazones; que juzgan, cual con una sola conciencia universal, con tantas conciencias, no pueden disolverse. Los partidos, interminables en su extension como la obra á que se consagran, tienen algo de eterno como la idea que los vivifica.»

Cierto: las entidades político-morales no se disuelven, pero se descomponen, se modifican y se vuelven á fundir en el crisol de una nueva idea: nada importa que subsista, como tiene que subsistir, la primitiva que les dió ser, puesto que se vé abandonada por todos sus apóstoles y rechazada por los mismos que la acogieran con fe y con entusiasmo. El tiempo, que es el gran regulador de los principios, va haciendo ver con su sabia experiencia las deformidades de aquellos en el terreno de la práctica y en la aplicacion de los hechos. El partido moderado, en su acepcion genuina, ha muerto hace mucho tiempo para no volver á resucitar; sólo quedan de él recuerdos, bastante dolorosos por cierto: esa decena de individualidades en que se ha dividido y subdividido no volvería hoy á constituir una sola familia por mucho que fuese su deseo de reorganizarse: existen entre ciertos hombres de ese partido heridas tan penetrantes, rencores políticos tan profundos, que se rechazan entre sí como ciertos cuerpos en el orden físico. ¿Cómo unir, por ejemplo, los nombres de O'Donnell y Narvaez, de Rios Rosas y Mon, del conde de San Luis y Bravo Murillo?

¿Cómo ha de perdonar el Gabinete derrocado en 1854 al insurrecto del Campo de Guardias? Léanse en prueba de ello las siguientes líneas del prospecto de que nos vamos ocupando:

«Cuando la insurreccion de Vicálvaro, por ejemplo, ve desiertos los altares que quiso erigir á la deslealtad, y tranquila la sociedad que conmovió para fundar la dictadura, señal cierta es de que los elementos devida son en España más fuertes que los poderes de destrucion, y de que al cabo con la buena voluntad de los más, y no obstante la perversa intencion de los ménos, triunfará de cuanto lleve un sello de inmoralidad lo que pueda realizar el progreso en cualquier sentido ó esfera.»

Si con estas frases, que están destilando hiel, se quiere empezar la reorganizacion del partido moderado y llevar á cabo su reconciliacion, el medio no nos parece el más á propósito. Sin embargo, hubo un hombre llamado Sáulo, que sujetaba la clámide de los que apedreaban á San Estebán, y luego, ese mismo hombre....

Pero díe el nuevo campeon:

«La idea liberal ha triunfado: está asegurado el orden: lo que hay que hacer es facilitar el ejercicio de la libertad, dando leyes para que lo protejan, no para que lo coarten. La libertad respetada es el imperio del orden.»

Tal es, en su última expresion, la fórmula del nuevo símbolo. Una vez que se cierre el periodo constituyente, y deseamos que pronto lo sea, el gobierno no tiene que ocuparse más que en asegurar la libertad individual, el individuo no tiene que ocuparse más que en aplicar su actividad á lo que crea más conveniente, de la manera legítima que más le plazca. Todo atentado contra la libertad, bien proceda de la fuerza, bien de la ignorancia, despierta un sentimiento de venganza en aquel que lo sufre: la venganza del pueblo se llama Convencion; la venganza del poder se llama Imperio ó Dictadura.»

A esto replicarán los órganos del progresismo con la constante multitud de lo que llaman la época del terror, etc., etc.

Por último, *La Libertad* explica la mision que trae al estado de la prensa en las siguientes líneas:

«Para sistematizar la fórmula correspondiente al nuevo periodo, no es necesaria la formacion de otro partido; los defensores de la union liberal dan prueba de no conocer la índole de los antiguos partidos, y le ellos, los que la explican como una transaccion, demuestran su incapacidad para crear una síntesis superior. Nosotros creemos; y *La Libertad* lo hará patente, que el partido moderado la tiene concebida, y la puede sistematizar. ¡Y lo hará! Si no, será obra del partido progresista ó del demócrata, en los cuales se encarnará la idea moderada....»

Si los hombres de *La Libertad* creen que es fácil la creacion de esa síntesis superior, y el partido moderado la tiene concebida, lugar tuvo, para sistematizarla, durante los once años de su no interrumpida dominacion, lugar para dar forma y vida á esa idea que hoy tanto le sorpre; pero ya es tarde: el partido moderado gastó toda su vitalidad, toda su fuerza, toda la sávia de que podía disponer, en esa

prolongada década, y hoy sólo es un cadáver galvanizado que no puede resistir ni á la influencia del tiempo ni á su accion deletérea.

Desengáñese el partido moderado: la época de su dominacion ha pasado ya para no volver más: lo que la nacion española necesita hoy, es unirse como un sólo hombre contra el enemigo común; lo que la nacion española necesita, y nosotros queremos, es formar un partido nacional, *eminente nacional*, que levantándose sobre las ruinas de todos los partidos, pase por encima de quien pase, adopte los grandes elementos que estos no han sabido ó no han podido utilizar; querremos la neutralidad, pero una neutralidad con cien mil bayonetas, para resistir agresiones vengan de donde vinieren, y hacernos respetar en el exterior. La situacion de Siria es grave; veinte mil árabes se han insurreccionado en el Haouran: la guerra de Europa amenaza por Oriente: preparémonos á resistirla, formemos pues ese partido nacional, en el que quepan todas las opiniones que converjan á formar la síntesis de un espanolismo que vigoree el decrepito y encorvado cuerpo que se arrastra porque no puede levantarse; querremos la union de todos los españoles, desde Gades al Tajo, desde el Tajo al Pirineo, porque si España es reina, Portugal es su corona.

Admitimos á todos los hombres honrados, á todos los hombres amantes de su patria: en una palabra, queremos el engrandecimiento de España; ese engrandecimiento está en la union deseada, no en la union que se traduce por medio de las bayonetas, porque el cañon no puede apagar nunca el resplandor de las ideas, sino en la union por medio de la asimilacion de os intereses múltiples; queremos que la frontera española se limite por la parte del Norte á los Pirineos. El hombre nunca puede arrasar con la espada las columnas que levantó la mano de la Providencia; porque si bien es verdad que la religion cristiana llamándose católica es *universal*, y propende al cosmopolitismo y al socialismo bien entendido, haciendo de todos los pueblos una gran familia de hermanos, tambien es cierto que la Providencia ha permitido que á cada grupo de la humanidad pertenezca un territorio que influya de un modo directo en sus costumbres sociales, tanto por sus alimentos como por sus hábitos y su clima, sirviendo de norma y regulador de todo, el principio religioso, principio imperecedero é inmutable, principio que tiene sin cesar al progreso por medio de la generacion del hombre y de la perfeccion del espíritu dominador de los instintos salvajes.

Tales son nuestras aspiraciones: fórmese un partido de esa índole, y desde luego nos declaramos sus campeones, y desde luego ofrecemos contribuir con toda la lealtad de nuestro corazon y toda la energia de nuestras fuerzas á su constitucion orgánica y al planteamiento de sus doctrinas, doctrinas que no pueden ménos de ser beneficiosas á un país que como el nuestro tiene hambre y sed de mejoras materiales en el interior, y de paz y tranquilidad con las Potencias extranjeras.

Mientras esto no suceda, mientras la union no la constituyan sino los intereses bastardos de fracciones exiguas y nulidades que ya han hecho en el poder el ridículo ensayo de sus teorías, desengañémonos, el desbarajuste seguirá como hasta de presente, y lo que es más doloroso, con perjuicio de la institucion que más tienen todos en los labios cuando la necesitan para sostenerse. El partido moderado, así como el progresista, la han dañado haciéndola heridas que todavía manan sangre. Ni los moderados han sabido rodear al Trono de esa bondad paternal que hace dulce al gobernado la autoridad del Monarca, ni los progresistas, con su continuo hablar, han sabido tampoco preparar el camino para evitar catástrofes que tienden á innovarlo todo.

Pretendiendo el general Prim defenderse en el Senado, dijo: que en Méjico no habia partido monárquico, y que allí odiaban profundamente á los españoles. Para que no se diga que inventamos, vamos á transcribir los siguientes párrafos, tomados de una carta que publica *Las Novedades*, y son como sigue:

«Adjuntos remito á Vd. los discursos y algunos artículos del periódico *jefe* de la prensa mejicana, alusivos á la festividad del 16 de Setiembre, aniversario del grito de Dolores. Bien sabe Vd. que durante 43 años semejante día ha sido consagrado á la más desenfrenada algarabía contra todo lo que lleva el nombre español. En dichos escritos verá Vd. cómo hemos sido tratados en el año actual por los llamados conservadores, sin que se le pueda á Vd. ocultar que debieran estar disgustados con España, atendido el giro que dió á su participio en la intervencion.

Semejantes ideas no son una reaccion pasajera, sino hijas del convencimiento de lo mucho que Mé-

ico y los pueblos del mismo origen pueden esperar para su regeneración de España: convencimiento de que participan hasta los mismos generales franceses, según se desprende de algunas de sus conversaciones, por cuya razón nuestro gobierno debe andar muy circospecto y no manifestar un precipitado deseo de tomar parte en estos asuntos, toda vez que más pronto acaso de lo que se puede creer en esa, seremos buscados con instancia para dar una solución a este problema, que está falsamente planteado.»

Véase, pues: en Méjico quieren a los españoles. Mr. Billault ha muerto; ya contra él no puede blandir el general Prim su *hoja toledana*, según frase suya en el alto cuerpo colegislador: la cuestión no era ni de espadas ni de oros; nosotros no estamos ni por bastos ni por copas; de manera que nos quedamos sin ningún palo y nos atenemos a lo justo, a las razones. En Méjico se ha celebrado el 15 de Setiembre el aniversario del levantamiento del país en favor de la independencia; allí se acostumbra en esa fiesta cívica pronunciar discursos y recitar poesías alusivas al objeto. La junta patriótica, de la cual fué muchos años presidente el general Almonte, hoy uno de los triunvires allí, nombra un orador *ad hoc*. Hé aquí algunos de los párrafos que el licenciado D. Manuel Fernández de Córdova ha pronunciado en su discurso de este año:

«Si la emancipación de Méjico se hubiera hecho como algunos lo piensan, como el célebre conde de Aranda lo aconsejara años atrás al rey Carlos III en su no menos célebre y memorable informe sobre las Américas... ¡Cuán distinto hubiera sucedido! ¡Cuán sangre, cuántas lágrimas, cuántas calamidades y desgracias se habrían economizado! Hubiéranse constituido desde luego de Méjico y España dos naciones poderosas, grandes; pero dos naciones amigas, dos naciones hermanas. De una sola familia, formada entonces de españoles y de mejicanos, de padres y de hijos, hubiéranse hecho dos familias ligadas, como lo estaban ya, por los estrechos lazos de la sangre, del amor, de la educación, de las costumbres, del idioma; y por el que es más fuerte y dulce, más respetable, caro y santo para el corazón del hombre: por el de una misma religión. Así habría sucedido y no se hubieran sembrado ni habría crecido en los ánimos tantos odios y rencores, tanta y tan profunda malevolencia entre uno y otro pueblo: malevolencia infundada, indebidamente injusta: pero que ha existido por desgracia.

No en mi corazón; en él no hay odio para los españoles, no le ha habido jamás, no le habrá nunca. Hay por el contrario en él tanto amor para ellos como para mis compatriotas; porque miro mi país, recorro sus ciudades, sus calles y sus plazas, contemplo sus hermosos edificios, sus augustos y santos templos, y digo: *los españoles*. Entro a sus escuelas, a sus colegios, planteles de la educación, de saber y de la ilustración para los mejicanos, y digo: *los españoles*. Visito sus hospicios, sus hospitales, sus orfanatorios, asilos de caridad y amor para la humanidad doliente y desvalida, y digo: *los españoles*. Admiro la bravura, el denuedo, la bizarría, la disciplina del verdadero ejército mejicano, y digo: *los españoles*. Leo los grandes Códigos de sabias leyes que aún nos rigen así en lo civil como en lo eclesiástico, en lo político como en lo militar, y digo: *los españoles*. Y si me permito salir por un instante fuera de mi patria, y recorro con el pensamiento los pueblos todos que constituyen el mundo de Colon, al contemplar lleno de asombro todo lo bueno de ese mundo nuevo, digo también: *los españoles*. Entro en mi interior, examino mi creencia religiosa, y al hallarme católico, apostólico, romano, sale de mi pecho un grito de adoración y de alabanza a Dios, otro de gratitud para los españoles. Los mejicanos y los españoles nunca debieron reñir, jamás debieron pelear, debieron estar siempre unidos, siempre debieron entenderse.»

Más adelante dice:

«Concibióse, como he repetido ya, una buena idea: la de hacer de Méjico, hasta entonces colonia, una nación independiente y libre; tuvo un pensamiento generoso y noble, que puesto en práctica y llevado a buen término, habría dado grandiosos y felices resultados, opimos frutos de prosperidad y bienestar: el pensamiento de hacer de la antigua y de la nueva España, de la metrópoli y de la principal de sus colonias, dos naciones, separadas, sí, libres una de otra; pero estrechamente enlazadas por vínculos indisolubles.

Los Reyes Católicos, separados de su trono y aún errantes ó prisioneros con el heredero de la corona fuera de su patria, eran ardientemente deseados en América, donde habrían encontrado asiento para la majestad, y súbditos tan leales, tan decididos, tan adictos, tan bravos como los bravos hijos de Pelayo. Descábase, pues, que ó toda la augusta familia destronada ó sólo un miembro de ella viniese a Méjico a regir sus destinos; y que nuestra patria independiente ya y con autonomía propia, fuese dependiente de España, sin embargo, como es dependiente el hijo emancipado de la familia que le dió el ser; dependiente por los lazos de la fraternidad y conveniencia. Este fué el pensamiento, estos los deseos del memorable cura Hidalgo y de los demás caudillos y guerreros mejicanos. De aquí la inscripción entre otras de «Viva Fernando VII! Viva la América! y Muera el mal gobierno!»

De la autoridad de los monarcas, delegada a tanta distancia a sus vireyes, ó se abusaba realmente, ó así se creía, ó no parecía tan bien usada como se deseaba: queríase por esto un gobierno propio, independiente; pero sin destruir los sagrados y fuertes vínculos con que estábamos unidos. Hé aquí el sentido genuino y natural de ese grito de guerra: «Viva Fernando VII! Viva la América! y Muera el mal gobierno!» Por qué fatalidad, pues, se falsó este lema y se mudó, dándole tortura, el pensamiento original, el primitivo pensamiento? El grito no debió ser: «Muera los gachupines!» como se abrevió y compendió después, nó: debió ser este otro: «Viva la América y vivan los españoles!» No como señores, como hermanos; no como conquistadores, como amigos.

¡Noble y sublime pensamiento, grandioso y fecundo en felicidad sus resultados, desarrollado convenientemente! ¡Llor eterno a los que tal pensamiento concibieron! ¡Baldón é ignominia perdurables para los que le falsearon!»

Véase ahora la conclusión de ese discurso notable para no nosotros por el entusiasmo que ostenta en favor de España:

«Entre tanto, ¡salud a los buenos hijos de Méjico, a sus hombres honrados y sinceros y desinteresadamente patriotas! Salud a S. A. la regencia del Imperio, cuyos ilustres miembros, dignísimos son por sus virtudes

y civismo de la gratitud de sus conciudadanos! Salud a nuestros valientes generales, jefes, oficiales y soldados, que entre las privaciones y las penas, y a pesar de todos los peligros, han secundado las benéficas miradas del emperador de los franceses! Salud al ejército francés por sus importantes servicios, por su buen comportamiento en nuestro suelo! Salud por fin a los españoles! Y si en otro tiempo ha resonado este reclamo con el grito anti-político, anti-filosófico de «Viva Méjico y muera los gachupines!» esta noche sirva el mismo lugar de templo de la paz, de la armonía y de la verdadera concordia entre uno y otro pueblo; y resuene con otro grito más noble, más caballero, más humano: «Viva Méjico independiente y libre! Viva España también! Si antes señora, hoy cordial amiga, hoy sincera y cariñosa hermana.»

Diga, pues, el general Prim que en Méjico nos odian, cuando, a pesar de los pesares, y en medio de los generales franceses, así se expresa un orador, que de seguro no hubiera hablado en esos términos a creer que no habría de encontrar eco en el auditorio.

Siguen haciéndose comentarios sobre si el viaje de la Emperatriz ha tenido este ó el otro objeto. Unos dicen que se trata de una alianza para que 20,000 españoles releven a la guarnición francesa de Roma; otros, que el Emperador nos pide 50,000 mil bayonetas para atravesar el Rhin en la próxima primavera, y otros dicen tantos desatinos como puede verlos el curioso lector en el periodismo que no constituye a la prensa en magisterio, sino en pugilato de boxeadores.

Natural es que así se hable; es la comidilla del día, y esta es la política de plazuelas, de cafés y mentideros.

Nos dicen de París:

«En las Tullerías están muy satisfechos de la recepción hecha por la Reina a la Emperatriz de los franceses. Por más que me digan que un hombre no constituye la idea capital de una nación, esta teoría, que es muy bonita para pensada a los veinte años de edad, y para dicha en un Congreso a la faz de pueblos que no meditan, es una teoría desmentida por los hechos. Cuatro nombres propios bastan para probarlo. Napoleón III, Cavour, Antonelli, Palmerston.

«Imagínese Vd. la América inglesa dividida en dos grandes repúblicas, que quizás, quizás, no lo fueran teniendo en cuenta la oligarquía militar que ha de entronizarse después de la paz; imagínese Vd. realizado el pensamiento del conde de Aranda propuesto a Carlos III; imagínese Vd. un monarca en cada república: la América-española; imagínese Vd. realizada la fusión ibera sin lágrimas, sin sangre, sin bayonetas, yendo la locomotora desde Madrid a Lisboa, y llevando en sus alas de vapor el germen fecundo de las ideas que han de constituir de dos pueblos hermanos una nacionalidad poderosa. Pero me dirá Vd., ¿de dónde sacamos príncipes para tantos tronos? Y yo le contesto a Vd. que empuñando Alfonso XII el cetro de España, hijo de la educación que recibe a la altura del siglo, con talento, y con buenos consejeros, reviviría las glorias de su patria, y los príncipes familiarizados con la América, como algunos de la dinastía del Brasil, estarían aptos para empuñar cetros de los cuales han de manar la paz, la libertad y el progreso de los pueblos. Esto se lo digo a Vd. en embrión, tal como me lo ha dicho una persona pensadora y que tiene motivos para no hablar así, al aire. Apunte Vd. estas ideas en su periódico, y entréguelas al maremagnum de la prensa, si esta, con las luchas del futuro Congreso, puede fijarse en noticias que traen su colita.»

La carta que dejamos trascrita es muy grave, y lo parecerá tanto más, si se tienen en cuenta los anuncios de un inminente rompimiento de la forzada paz que Europa disfruta; esos anuncios excitan el espíritu bélico de Francia, cuyos periódicos, eco fiel de las aspiraciones generales de su país, se ocupan ya de la próxima guerra y cuentan con el triunfo de los soldados que Napoleón III envíe al combate.

Francia, Austria é Inglaterra, obrando de consuno, dirijirán sus fuerzas según la común opinión, contra el imperio ruso; y como quiera que, aun cuando aquellas poderosas naciones pueden disponer de inmensos recursos y de un número incalculable de medios de destrucción y de ruina, no es Rusia un país ni escaso ni reducido, ántes por el contrario, la sorprendente extensión de su territorio y lo bien provisto y preparado que se halla para cualquiera eventualidad, le ponen a cubierto de toda expedición aventurada que contra él se intente; la prensa del vecino imperio, conociendo las condiciones del enemigo designado, estudia los sucesos futuros sobre el terreno y lleva sus cálculos hasta el punto de señalar la parte más fácilmente expugnable de las bien guardadas fronteras rusas.

En este concepto, la Besarabia, al decir de los periódicos franceses, es el punto vulnerable de Rusia; pero no hasta saber esto, no basta tampoco recordar que Rusia fué humillada en la guerra de Crimea: es necesario tener muy presente que la toma de Sebastopol, con todos sus antecedentes y consecuencias, en nada debilitó el poder territorial del Imperio ruso, y que la pérdida de una ciudad, arruinada por el enemigo, podía resarcirse sin gran trabajo, estableciendo en Nicolaieff un material de marina, comercial en la apariencia, pero que en realidad pudiera un día servir para improvisar armamentos militares.

No se detienen aquí nuestros vecinos; no se contentan con que Rusia reciba un nuevo escarmiento, una nueva humillación: es preciso evitar que en lo sucesivo vuelva a dar lugar a disturbios; es necesario destruir al coloso; es indispensable esparcir sus miembros, dividiéndolos entre los que contribuyan a abatirlo.

Empresa es esta algo difícil, pero no imposible. Las tres grandes naciones que se adunan y se aprestan para la pelea, pueden intimidar, primero, y, después, vencer, no sólo al monarca moscovita, sino a otro que, puesto a su lado, le preste auxilio en estos momentos supremos. Sin embargo, el Czar aparenta, no sólo no temer, sino desear que principie cuanto ántes la lucha.

En esa misma Besarabia, que, volvemos a decirlo, es el punto vulnerable de Rusia, ha habido y hay síntomas muy claros de agitación revolucionaria; pero acaso esa agitación sea obra de la misma Rusia, para con ello tener un pretexto nada alarmante de escalar sus tropas en las riberas del Pruth.

Es, pues, sumamente interesante en la actualidad el conocer la causa del descontento que en Besarabia se observa; porque si fuese la que hemos indicado, es decir, si el descontento lo promoviese la misma Rusia, entonces a las comarcas vecinas a la que el orden se ve amenazado, corresponde el vigilarla, y una vez cercioradas de la verdad, denunciar el hecho a la Europa, para que a esta sirviera de base en sus operaciones ulteriores.

Tal es la opinión que en Francia domina acerca del negocio de mayor trascendencia que hoy preocupa a los soberanos más poderosos de Europa, y cuya resolución, si es la que desean los diarios a que nos referimos, hará pasar a la parte más civilizada del mundo antiguo por uno de esos periodos de transición, cuya historia se escribe con letras de sangre y no puede leerse sin dolor.

Tendremos al corriente a nuestros lectores sobre un asunto de tanta gravedad é importancia.

¿La Regeneración se ha propuesto convertirla a sus ideas? Difícil es, porque tenemos opinión propia. Refiriéndose a nosotros dice:

«Deben ser conocidas las opiniones tanto galicanas de nuestro estimado colega. Su espíritu, aunque público, es bastante parcial.»

En caso de ser parcial siendo público, de fijo que es común, y por tanto, nacional. ¿Qué se quiere? ¿Qué defendamos la política de los pueblos protestantes? Somos lo que ya hemos dicho respecto a religión, si este no satisface las exigencias del espíritu, que tiende a más elevadas aspiraciones que a las mezquinas felicidades terrenas. ¿Que somos afrancesados?... Lo que no somos es hipócritas.

La Regeneración se equivoca cuando piensa que consiste el patriotismo en soliviantar los ánimos y persuadir a los pueblos de que es indispensable estar siempre prevenidos contra una nación de quien debemos ser amigos. Hé aquí como se expresa dicho periódico:

«El Espíritu Público nos reprende porque levantamos el grito de alerta contra ciertas alianzas que nos parecen perjudiciales, y hasta nos recomienda la paz y la confianza en nombre del Evangelio. Sospechamos que si el Espíritu Público hubiese existido en los tiempos de Noé, contra este mismo Patriarca hubiese predicado la calma a los que tenían el Diluvio. También en 1808 se hubiera puesto El Espíritu Público al lado de los pocos confiaditos que con esas prudentes confianzas nos llevaron a Bayona. No basta aconsejar la paz; lo que se necesita es demostrar que no es conveniente la prevención; lo indispensable es probar que no hay motivos para adoptar precauciones; que no debemos estar dispuestos a rechazar toda alianza que nos comprometa, enredándonos en una lucha desastrosa con el Nuevo Mundo.»

Sepa La Regeneración que lo de Noé, el diluvio y la calma, es un chiste que nada tiene de gracioso. El asunto es demasiado serio para tratarlo burla-burlando. Si algunos de nuestros periódicos se extendieran algo más allá de las fronteras patrias, de seguro que, al creerlos en las cortes extranjeras temerarios de la opinión española, nos harían aún menos justicia, diciendo que hombres que por su ministerio deben de ser venerables, toman a risa las cuestiones que pueden producir algunas lágrimas. Si nuestra existencia datara desde el año de 1808, de seguro que la invasión nos hubiera encontrado en el puesto del honor y del deber; pero de seguro también que no nos hubiéramos prosternado a las plantas del capitán del siglo.

En este punto, así como en todas las cuestiones

de delicadeza, prudencia y dignidad, pensamos con un hombre ilustre que *La Regeneración* quizás respete tanto como nosotros. Ese hombre decía: «Así como no aludamos a las revoluciones, tampoco lisonjamos a los reyes; que la lisonja es un perfume emponzoñado, que mala con tanta más seguridad cuanto la víctima se imagina respirar un purísimo ambiente. Por desgracia se va introduciendo en nuestro suelo la pésima costumbre de pasar alternativamente de las más rastreras adulaciones, a los insultos más groseros; y el poder se encuentra a menudo incierto, indeciso entre la verdad y la mentira sin que le sea dado distinguir la verdadera opinión pública desfigurada por las más lamentables exageraciones.

Es necesario decirlo en alta voz para que no se olviden las vicisitudes que según todas las apariencias estamos condenados a sufrir; el día en que los reyes sepan cumplir con su deber, aquel día terminarán las revoluciones; el día en que un motín, después de arrolladas ó sobornadas las guardias, se encuentre cara a cara con la persona del monarca, que sepa decir: «no firmo, no juro, ahí está mi cabeza, tomadla si queréis,» aquel día los motines quedarán vencidos para siempre. Cuando las revoluciones se sienten poderosas, porque son verdaderamente populares, llegan a veces hasta el extremo de atreverse contra la persona del monarca; pero ni aun entonces lo verifican sino después de una serie de concesiones en que el trono ha perdido su prestigio, en que se ha humillado, en que se ha convertido en instrumento de la misma revolución: la cabeza del infortunado Luis XVI cayó en la guillotina, pero fué después de haber sustituido a la diadema de Luis XIV el gorro de la libertad. Cuando la revolución es impotente, cuando sabe que es indigna de este nombre y que no es más que una miserable asonada, ó una insurrección militar, en tal caso, no lo dudeis, no aceptará nunca la cabeza del monarca; sabe que a las puertas del palacio está el verdadero pueblo y que le había de ser funesta la perpetración del horrendo crimen.»

Pero dice *La Regeneración*: «No basta aconsejar la paz; lo que se necesita es demostrar que no es conveniente la prevención; lo indispensable es probar que no hay motivos para adoptar precauciones, que no debemos estar dispuestos a rechazar toda alianza que nos comprometa, etc.» Y decimos: Lo que *La Regeneración* necesita, y le pedimos, es: que nos pruebe que nosotros pretendemos adormecer al país cuando los bárbaros están a las puertas de Roma; lo que nosotros tenemos derecho a exigir de nuestro colega, es: que si somos hipócritas y traidores nos arranque la máscara y nos pruebe que llevamos a la nación al precipicio; lo que nosotros exigimos es: que sea *La Regeneración* quien pruebe también que existen motivos fundados de temor, y que si nosotros proponemos que se conserve a todo trance la paz con Francia, es porque deseamos enredar al país en una guerra con el Nuevo Mundo. Nosotros levantamos la frente muy alta, porque no estamos vendidos al oro extranjero, y decimos con toda la energía de nuestro carácter: que si las declamaciones de *La Regeneración* no fueran tan pueriles como impotentes, de seguro que se malograrían fundadas esperanzas para el bien de este país; de este país entregado, tantos años hace, en manos de hombres que han maleado con pérfidos consejos, con miedos frívolos y con estúpidos arranques de indiscreto é insidioso patriotismo, a los hombres de corazón español que hubieran podido salvarnos de esa anarquía moral, de esa gusanera pestilencia de aspiraciones que se contentan con vivir con el día, con hacer una política de sastres, hilvanando siempre, remendando siempre, mintiendo siempre. Añade nuestro colega:

«El Espíritu Público quiere paz universal; pero truená contra nosotros, porque combatimos la política francesa; contra Luis Felipe, porque es incompatible con el Imperio francés; contra los Estados-Unidos, porque no secundan la política napoleónica, y hasta llega, sin duda, en nombre de la paz, a no saber que la hermanía de la Reina tiene cerradas las puertas de Francia. El Espíritu Público es demasiado amigo de la política francesa. Le ciega el afecto.»

De este último párrafo sólo una frase merece respuesta. Estamos persuadidos que el señor duque de Montpensier no es peligroso en Francia: si de nosotros dependiera, si el eco débil de nuestra voz llegara hasta los oídos imperiales, pediríamos a Napoleón III que concediera a S. A. un departamento en el palacio de las Tullerías. Pero nosotros creemos que al señor duque de Montpensier le va mucho mejor en España.

La misma beatísima, hermana nuestra en Jesucristo, escribe refiriéndose a nuestra humildad:

«En cambio veamos lo que dice en el mismo número el mismísimo Espíritu Público:

«Dícese que viene a Madrid el rey de Nápoles y su familia. No puede ser.»

Esto es lógico. Cuando tanta paz se pide para el que atormenta, claro es que no es posible pedir ni aun lástima, ni aun hospitalidad para la víctima atormentada. Si los desgraciados reyes de Nápoles vinieran a España, como están en desgracia, y los españoles son caballeros, los recibirían con transportes de entusiasmo.»

También nosotros, hermana, también nosotros tenemos sangre española, y si podemos

recibir lecciones de latin, difícilillo es que nadie, si, nadie, nos las diera de hidalguía. En cuanto a los *transportes de entusiasmo*, confesamos que no los experimentáramos. El infatigable *inspira* compasión, y despierta, en las almas dormidas, el sentimiento de la caridad, pero el transporte de entusiasmo lo engendra sólo el heroísmo.

El Clamor Público nos ha consagrado las líneas siguientes:

«Empieza el espectáculo.

La Regeneración sacude un disciplinazo a *El Espíritu Público*, al cual llama demasiado amigo de la política francesa.

La función, por lo que vemos, promete ser divertida.

Estamos, por lo visto, en el prólogo.

Tememos que acaso la comedia se presente con las proporciones del drama que hace pocos meses representaron, zurrándose de lo lindo, el *tanti quanti* y *La Esperanza*.

Viniendo de tan venerables hermanos el ejemplo, los resultados no pueden menos de ser edificantes para los protóvos constitucionales, amigos de hacerse la oposición en la imprenta y el Parlamento.»

Una sola frase por contestación. No somos hermanos de esos dos apreciables diarios, sino en cuanto a la paternidad de Adán.

Algunos periódicos han dicho en estos días que en caso de que el archiduque Maximiliano desechara la corona de Méjico, sería elegido el infante D. Sebastian para ocupar aquel trono. Aun cuando dicho señor infante no tuvo conocimiento nunca de lo que vamos a decir, tenemos motivos para creer que se pensó en S. A. en otra época. Las circunstancias especiales de la actual nos impiden ser más explícitos. Hace algunos meses que con el título de *Cuestión mejicana*, se publicó un opúsculo. Su autor no quiso, por altas consideraciones sociales, por exigencias intempestivas, lanzarlo al público en los días del periodo álgido de las discusiones parlamentarias sobre la cuestión de Méjico. En dicho opúsculo, y refiriéndose al infante D. Sebastian, encontramos la noticia siguiente:

«Así que nació el serenísimo señor príncipe de Asturias, pensé, que vuelto el partido conservador al poder, en Méjico, se restablecería el orden; un par de años de paz daban tiempo a monarquizar a la nación; en otras repúblicas hispano-americanas, tendría eco la saludable reacción: entonces se proclamaría reina de Méjico a la infanta doña Isabel, ántes princesa de Asturias; se llevaría a la América, reconociendo el infante D. Sebastian a S. M. la Reina; este príncipe obtendría la regencia mejicana, mientras un matrimonio con un vástago de la casa de Braganza daba el cetro a la señora que podía derramar sobre aquel país todos los beneficios de la civilización moderna, etc. La boda con un portugués, no sólo sería aceptable a Inglaterra, sino que estrecharía más los lazos entre las dos naciones peninsulares.»

Ya se ve por lo trascrito que la noticia no es nueva, que la idea ha germinado en algunas cabezas pensadoras; pero como aquí todo lo que no sea la trápala del día pasa desapercibido; como aquí la política está rodeada de tantas miserias; como aquí hay que disputarse las carteras, los gobiernos de las provincias, las direcciones de los ramos, etc., todo puede como en España.

Ya hemos dicho, y repetiremos cuantas veces conveniga, que no combatimos al general O'Donnell porque en su tiempo se nos reincorporara la descuartizada república dominicana. Razones de alta política aconsejaban que desplegarámos nuestra bandera en aquella tierra, así como en otra época debimos también desplegarla en la península de Yucatan cuando sus habitantes volvieron a España los ojos en los aciagos días en que la raza maya les puso el pié en la garganta. Lo que censuramos es la poca circunspección que hubo para ajustar las negociaciones. Se dió más de lo que se debía dar, y esas liberalidades con algunos, han traído el descontento de otros que ahora prueban que son influyentes asonando el país y vendiéndonos la paz a precio de lo que es más caro que el oro, a precio de la hidalga sangre de nuestros inocentes soldados. Y no se diga que el negociador aquí por Santo Domingo, el hoy mariscal de campo español, D. Felipe Alfau, es un diplomático sesudo; pero lo cierto es que ha sido más hábil que el gobierno con quien trató, porque supo centrarse una faja y mandar la suya a cada uno de los que con él colaboraron para el logro de la reincorporación. Pase que Alfau supiera más, siendo así que nada sabe, que D. Saturnino Calderón Collantes; pase, repetimos, que supiera más, porque el entonces ministro de Estado tiene la mollera de «mampostería y teja»; pero que Alfau alcanzara más que todo el Gabinete donde había culebrones mayúsculos, esto es lo que nos parece anómalo, absurdo, inconcebible.

Desde que en Junio de 1863 fué a Santo Domingo cargado de españoles el buque de vapor *Velasco*, supimos, por los más de los pasajeros, que era falso cuanto Alfau decía aquí de aquella gente. Ni el país producía tesoros, ni nuestros compatriotas encontraban hospitalidad, ni había siquiera en

dónde trabajar los artesanos que de aquí se llevaron. Anduvo Alfau la Ceca y la Meca para encontrar un *abaniquero*, porque decía, se lo oímos contar, que allí se rompían muchos abanicos. Al fin creemos que no fué ninguno: hicieron bien los maestros en el oficio, porque ahora se estarían *echando fresco* si ántes no se lo echaba un bribon de esos alzados porque quieren volver á la vida de merodeo que tenían.

Vamos á transcribir una carta de Santo Domingo; conocemos la América; sabemos cuáles son, además, las costumbres de la isla española. Lean nuestros suscritores dicha carta con la certeza de que es exactísima la pintura de hombres y de cosas. Héla aquí:

«Llegué á esta isla el 20 y el 24 estaba andando para Samaná, donde pasé 15 días: ahora acabo de hacer otra expedición de otros 15 hácia la parte de Haití, y tentado estuve, al contemplarme en tal situación, á echarme en cuatro patas, y avecinarme, acimatado ya, entre aquellos miserables negros que juegan á diputados, ministros y emperadores, de una manera que sería risible, si no fuera tan cruel, andrajoso y salvaje. Todas estas expediciones son gratis, ó de amor de la patria, que nos tiene *sin pagas* en un país *por conquistar*, sin tropas, y donde he tenido que agarrar el fusil para unirme como voluntario á los demás españoles, y contener á las masas de negros que se nos vienen encima con la mayor barbarie y serenidad, tan sólo porque les hemos dado 6 ó 7 millones de duros sin imponerles contribución de ninguna clase, llamándolos caballeros, coroneles, generales, dándoles la mano, adulándoles y tolerándoles que no nos contesten al saludo, nos tuteen, nos dejen servirnos, nos tengan sin comer, y nos traten con desprecio tal, que sería desesperante, si no causara commiseración y repugnancia el lamentable estado de los que se precian de señores.

En toda la isla, excepto en la capital, no existe ni una sola casa de mampostería: las llamadas ciudades están formadas de chozas rústicas de madera en bruto, cimentadas sobre el virgen suelo que nos sustentan. Setenta chozas forman una ciudad: tres ó cuatro, una villa ó lugar: una sola, es la esperanza del fatigado y sofocado viajero que camina diez leguas para encontrarla.

En estas chozas habita un hombre, rara vez blanco, casi siempre negro, algunas veces mulato, *pareado* con una mujer (así la llaman), de colores análogos al suyo, rota, despulgada, lacia, descasla ó en chinelas, con un vestido que, para mayor contraste, suele ser de muselina blanca, sucio y desgarrado: los niños, para que vayan más frescos, hasta los 14 años llevan el género á la vista: de 14 para arriba se tapan con un trapito, dejando la mayor parte del cuerpo al descubierto. La *pasa* que cubre la cabeza del negro se confunde con el pelo de la del blanco, porque el peine no se encarga jamás de establecer la diferencia. En estas chozas no hay vasos, tazas, jicaras ni platos; no existen sillas, taburetes, ni camas: no hay pan, carne, ni garbanzos; no hay oro, plata ni moneda alguna; sólo existe una hamaca donde el habitante reposa envuelto en su pureza, su indigencia y su santidad; un machete, sable toscó y primitivo, que llevan atado con una cuerda, los más ricos, sobre una cosa que fué pantalón, los más pobres, sobre sus esquilmadas caderas al natural; tres plátanos y un par de *papeletas* (antiguo papel moneda de la república, que vale 2/3 de cuarto), completan todo su ajuar.

Pero ese hombre que *cundo lleva camisa* da fuego á su cachimba (pipa) con un pedacito que le quita para encenderla en su cigarro; ese hombre, que suele no probar más que plátanos en años enteros, y vive en una choza inferior á las de los perros de nuestros hortelanos, le rechaza el cobre (los cuartos), porque es moneda pesada y ordinaria, le alarga la mano para saludarle cuando es amable, ó no le contesta á tu saludo *si es buen dominicano*; se pone una levita de alpaca blanca y un par de botinas de charol (recojidas en los muladares de Madrid) para ir contigo, y te pide por servirse de guía un día, montado en un burro, la bestia (es decir, el burro) y *media onza* de jornal.

Por lo demás, es hombre muy honrado; suele tener una mujer ó más, y con una franqueza, como podría usarse en la *Pato-du-chat* de París, envueltos con el asqueroso velo de la miseria y de la hediondez. Las costumbres tienen muy poco que celebrar, pues es frecuente ver espectáculos de vida doméstica poco edificantes.

Examinemos el campo de la política.

Esta cosa, llámese sarcásticamente nación, ó lo que quiera, tiene á su lado otra más fuerte denominada Haití, que continuamente amenazaba tragársela. Los ridículos y malvados magnates del país, á quien habían esquilimado y robado hasta el infinito, con la creación del papel moneda, se veían ya perdidos, sin fuerza para resistir á los haitianos y á los partidarios del general Baez, y, sin medios de proporcionarse dinero, porque el papel creado por ellos llegaba ya á tener el verdadero valor que representaba: es decir, que como 40,000 duros en papel valían una onza, salía ya la resma á cuatro duros, y no tenía cuenta crear más. Así, pues, discurrieron echar la vista á los gobiernos decentes, y ver cuál tenía cara de mejor mamarse el dedo, y naturalmente tropezaron con el de España que hace siglos que se lo chupa: propusieron la anexión, la aceptamos; se repartieron ellos cuatro barcas que formaban la marina de guerra, seis edificios públicos (hechos por la antigua España), que formaban los establecimientos oficiales, cuantos terrenos pudieron, en fin; desahuyaron la casa, y después nos la arrendaron, imponiéndonos que no haya esclavitud; que respetemos los pactos del país, (esto es, que legalicemos sus desórdenes); que les tengamos mucha consideración, etc., etc., y se anexionaron; Santana con la tenencia general, con la senaduría, con los 12,000 duros de sueldo; Alfau, con la mariscalía de campo: el otro Alfau, con otra ídem: el ministro de Negocios extranjeros con la gran cruz de Isabel la católica; el ministro de Hacienda, echándole de personaje y propuesto para consejero con 6,000 duros: los antiguos ministros de Gracia y Justicia, (que tenían 20 duros mensuales) con las magistraturas de esta audiencia, con 4,000 pesetas. Todos los coroneles, generales y oficiales del ejército dominicano (que no saben leer ni escribir), perciben sueldos de la nación española mil veces superiores á los que ántes tenían; pero entré tanto los salvajitos al natural, los habitantes que nada han cogido y que se encuentran sin nacionalidad propia, se nos levantan de tres en tres ó de cuatro en cuatro meses, en número de 8 ó 10,000 hombres, causándonos pérdidas de dinero y sangre de nuestros pobres soldados, haciéndonos pasar como opresores ante las demás naciones, y sobre todo ante los Estados-Unidos, que, liquidadas sus cuentas, vendrán con este pretexto á ajustarnos las

nuestras, y á combatir nuestro pabellón en las Antillas, para dar después á estos salvajitos el premio que merecen, y el único que saben dar los virtuosos repúblicanos del Norte-América.»

Después de esta lectura, oportuno es recordar que hecha la paz con Marruecos, ó mejor dicho, hecho un tratado, porque paz aún no existe, vino la embajada mora, y ya sabe todo el mundo cómo fué recibida, como si se tratara de un imperio civilizado. ¿Por qué? Porque era preciso aparentar á los ojos del país que habíamos luchado con una gran nación y no con hordas semejantes á los beduinos nómades. ¿Qué nos dejaron los embajadores? Lleno de basura, de huesos y de inmundicias el palacio donde se albergaron. ¿Qué sacamos de la visita de aquellos embajadores *en chanelitas*? ¿Qué sacamos? Ya lo estamos viendo. Cada día que pasa nos prueba, juntamente con la esterilidad de la guerra, la necesidad de emprenderla de nuevo para engranar la rueda del siglo presente en el carril que debe conducirnos al África á conseguir el ensueño del gran pensador Cisneros. De este modo caerá de su asta el pabellón extranjero que sobre un peñón árido se levanta.... ¡Ah peñón regado con la generosa y desdichada sangre que él no vale! ¿Volveremos al África? De seguro que no estamos en los tiempos del Rey Verde, porque sino, ya estaría él aquí con medio millón de combatientes. La Providencia, que todo lo hace con oportunidad, no les da ese medio millón de hombres, porque tampoco tenemos nosotros un Alfonso VIII.

Algunos periódicos han creído, juzgando por la personalidad de nuestro director, que somos *absolutistas*. Replicaremos: que la política es ciencia de *teoría y de práctica*. Cuando al aplicar la doctrina se encuentra con que para que sea fructífera falta el elemento fructificador ¿qué hace el publicista? ¿Se empeña, con terquedad, en que las piedras den jugo? En este caso ¿quién le sigue? El mundo da su ciencia dando desengaños, y cuando las heridas sangran es porque sus bordes aun no se han cerrado: entonces está siempre á la vista el ejemplo que dice: «estudia; esto, ó lo otro, no conviene.»

Goza *El Clamor Público* ante lo que llama el *espectáculo*, la *comedia* de dos periódicos graves. No dudamos que *El Clamor* se ria, lo que si dudamos es que alguna vez los *clamores* de nuestro ilustrado colega no inspiren otro sentimiento ménos alegre, ó quizás muy doloroso. Si no se tratara de un periódico que, aunque adversario nos inspira, por esto mismo, estimación y deferencia, no perderíamos el tiempo consagrándole estos renglones. Pero *El Clamor Público* nos llama absolutistas, y nos proporciona ocasión de explicarnos. No vamos á contestarle sino por la pluma de un gran pensador, que aunque sea autoridad rechazable al criterio de *El Clamor*, no lo es para otros periódicos. Oigamos cómo se expresa:

«Defiéndase la monarquía como una institución necesaria en Europa, y muy particularmente en España; recuérdense y encomiense los beneficios que ha proporcionado á los pueblos; presentéla como un emblema de nuestra nacionalidad é independencia; tráiganse á la memoria sus gloriosas hazañas en las cuatro partes de la tierra; defiéndase la contra las injustas acusaciones de los demagogos, y no se permita que manos impuras profanen las cenizas de grandes monarcas; colójese la benignidad del imperio de los reyes con la crueldad del despotismo anárquico; hágase todo esto, enhorabuena, que todo esto se debe y se puede hacer, mas para ejecutarlo con buen resultado, para desarmar á los que combaten el poder monárquico, é inspirar confianza á los que desconfían de él, es necesario ser veraz, ser sincero, ser franco; no ponerse en contradicción con la evidencia de los hechos.

Para rechazar con buen éxito las calumnias, es necesario confesar la verdad de los cargos justos, y para hacer apreciar el bien, no poner más del que hay en realidad: donde hubo un bien, decir que lo hubo, y decirlo tal como fué; donde hubo un mal, confesar que lo hubo: obstinarse en defender un incidente en que por precisión se ha de salir condenado, no es propio de abogados hábiles; y el sostener una causa en que se sabe que no hay razón, es contrario á la buena fe.

Grande y venturoso fué el reinado de los Reyes Católicos, grandes fueron también los de Carlos V y Felipe II, aunque ya no tan venturosos; pero desde que descendió al sepulcro el fundador del Escorial, ¿qué se hicieron el grandor y la ventura? ¿No se echó á perder con espantosa celeridad la más rica y magnífica herencia que legara á sus hijos ningún monarca? En tiempo de Carlos II, ¿dónde estaba la España de los Reyes Católicos? ¿Qué inconveniente hay en reconocer estas verdades? Con negarlas, ¿dejarán de ser verdades, y verdades tan conocidas? Esto no daña á la institución, pues no hay institución humana con la cual no se haya incurrido en errores, que haya estado exenta de abusos.

El escritor que desea defender con buen éxito la monarquía, es preciso que tenga la imparcialidad y entereza necesarias para decir la verdad á la monarquía misma. El primer efecto de la adulación es inutilizar al escritor, previniendo contra él á los lectores. Háblese de los monarcas difuntos con respetuosa justicia, y de los vivientes con respeto justo; nada más. Cuando así se proceda, cuando no se empleen demasiado en la discusión las fórmulas de la corte ni se arroje á cada momento el meñugado escritor á la vista de la elevada sabiduría y de la bondad paternal de los soberanos, entonces, al defenderlos tendrá derecho á ser oído; de otra manera, no.

Pasen, en buen hora, los revolucionarios del insulto á la mas villana lisonja, y de la lisonja al insulto, según los monarcas les complazcan ó les disgusten; levanten sobre todos los Soberanos al que acaba de quebrantar su cetro para entregarlo á las manos de los demagogos, y luego cubran de todo é ignominia á ese mismo Soberano tan pronto como deje de serles acepto ó necesario esta es su historia, este su interés; pero los hombres que defienden la monarquía por convicción, jamás deben llevar su respeto hasta las bajas hu-

millaciones, ni su justa severidad hasta el insultante atrevimiento. Casos hay en que no conviene hablar, y entonces la entereza y la rectitud encuentran siempre un lenguaje decoroso, mesurado y digno de ellas, y digno de las personas á quienes se dirige. Casos hay también en que conviene hablar, porque hay asuntos que no se tocan sin mancharse, ni se miran sin rubor, y entonces nada hay mas expresivo que la elocuencia del silencio. Ocasiones se le presentarán al escritor para reprender lo que en su interior condena; en todos los países del mundo, las cosas presentes tienen semejanzas en las pasadas; una pincelada valiente y oportuna sobre un pasaje de la historia es fácilmente interpretada por el lector como una mirada severa contra los imitadores del mal.

Hay en la historia de las naciones épocas desgraciadas, en que es preciso ser muy monárquico para no dejar de serlo; en que es necesario tener muy arraigada la monarquía en las convicciones para que no caiga del corazón. En tales casos no han sido los buenos defensores de la monarquía los que la han defendido con lisonjas y mentiras; ¡débil escudo!... lo han sido, sí, los que después de haber aconsejado á los pueblos la sumisión debida, habiéndoles en nombre de la religión, de la paz y de los intereses públicos, han sabido volverse hácia los reyes increpando sus extravíos y desmanes con respetuosa firmeza.

En todo buena fe, en todo verdad, en todo el valor de manifestar las convicciones con decoro, pero sin timidez: hé aquí las primeras cualidades de la prensa sostenedora de los buenos principios: la mala fe, la mentira, la adulación, la pusilanimidad, son cosas indignas de ella, son gérmenes malignos que esterilizan, que matan la buena semilla que se pueda esparcir.»

Esto replicamos á *El Clamor*, y esperamos que suspenda su juicio respecto á nosotros, mientras los hechos le prueben que no venimos á lo que algunos creen. Sirvase fijarse en esto y el tiempo le persuadirá que no somos ni cesantes ni palaciegos.

Un suscriptor de *Las Novedades*, le ha dirigido las siguientes preguntas:

«¿Qué hace en Madrid el dominicano D. Felipe Alfau, que tanto interviene en el negocio de la anexión, y por lo cual recibió nada ménos que la faja de mariscal de campo? ¿Por qué no va á ocupar un puesto en Santo Domingo para sofocar la insurrección?»

En el Sr. Alfau es cuestión de honor responder á estas preguntas.

La *Correspondencia* da la siguiente noticia, cuya importancia desconocemos:

«Ayer ha salido para París el ex-presidente de la República dominicana, general Baez. Creemos que se hallará de vuelta en esta corte para los primeros días del mes próximo.»

¿Qué bienes le vienen al país con esa gracia? ¿No dicen que está reconocido como general español? La *Gaceta* calla, el presupuesto llora, los contribuyentes sudan, la negrada dominicana se subleva. Estamos de enhorabuena.

Las últimas noticias de Santo Domingo están acordes con el juicio que formamos sobre el telegrama en que se nos anunciaba la pérdida de aquella isla. Santana ha obtenido triunfos sobre los rebeldes asonados, y la guerra civil continúa. Nuestros soldados, unidos á las reservas del país, se batan como leones, y dejan bien puesto el honor de la patria.

Los prohombres del progresismo han impreso una carta circular aconsejando á sus correligionarios que quieran obedecerles, que luchen en las próximas elecciones por diputados provinciales, porque no se trata de una cuestión política, sino económico-administrativa. Al par de este documento, ha salido á luz otro inscrito por 160 nombres de individuos que no suenan como entidades. Los firmantes no usan fajas, ni cruces, etc., pero se expresan con fuego, rechazan el caciquismo de los que mangonean y piden todo lo que les conviene, y protestan de que no se dejarán llevar como borregos al matadero. Estos manifestos no son sólo hojas de papel; son si combustibles aglomerados para el día del saldo de cuentas.

Ha dejado de publicarse *El Constitucional*. Hemos recibido los primeros números de *La Tribuna Española*, dirigido por el Sr. Perez de Molina. Desearnos todo linaje de prosperidades á nuestro colega, y le saludamos cordialmente.

Reunidos los demócratas, han acordado deslindar el campo que les separa de los progresistas. Al efecto darán un manifiesto y se declararán en él por la abstención de todo participio en la cosa pública.

A todos los distritos de la provincia de Madrid corresponde elegir un diputado provincial, ménos los de Alcalá de Henares, Colmenar Viejo y Chinchón, que elegirán dos.

Dice una carta de Veracruz: «En el último paquete francés ha llegado al país el Ilmo. y Excmo. señor arzobispo de Méjico y regente, D. Pelagio Antonio de Labastida, acompañado del ilustrísimo señor arzobispo de Michoacán, D. Clemente de Jesús Munguía, y del Ilmo. señor obispo de Oajaca, D. José María Cobarrubias. La artillería de Uluá, de los batallones de Veracruz y de los buques franceses anclados un Sacrificio saludó el desembarco del señor Labastida, quien fué recibido en el muelle por las autoridades francesas y mejicanas, y llevado bajo pájio á la iglesia. Sábese que S. S. I. llegó á Orizaba el 22, y que continuaba su marcha hácia Méjico, de donde han salido multitud de eclesiásticos y seculares á recibirle. La circunstancia de venir el Sr. Labastida á ocupar su

puesto en la regencia del Imperio después de haber conferenciado largamente con Su Santidad Pío IX y con S. M. Napoleón III, y de conocer las ideas políticas de nuestro electo Soberano, á quien visitó en Miramar, hace creer en la posibilidad de que se proceda al arreglo de las difíciles cuestiones pendientes entre la Iglesia y el Estado, para que se aquieten las conciencias, se salven los intereses legítimos, la subsistencia de los ministros del altar se asegure y la administración pública pueda marchar sin obstáculos ni tropiezos.»

Sabemos que en el camino se rompió el coche del señor arzobispo y se detuvo en el tránsito hasta esperar una escolta que le custodiara.

Para el día 10 se espera en Madrid al señor duque de Valencia, que viene á tomar asiento en el Senado.

Quejándose un periódico ministerial de las dimisiones de algunos empleados del gobierno, presentadas después de haber recibido apoyo del ministerio para que triunfaran sus candidaturas, se expresa en los términos siguientes:

«Bien sabemos que este no es más que un recurso de los que no quieren confesar su derrota, que ya es evidente, para que no desfallezca el ánimo de sus particulares; pero semejante suposición no sólo es gratuita, sino absurda; porque los que procederían de un modo tan villano, no sólo serían indignos de la misión que les han confiado los pueblos, sino hasta de alternar con personas bien nacidas. No, no es posible que en este país clásico de la hidalguía se cometan tan repugnantes y asquerosas acciones por los que debieran representar, no sólo bajo el aspecto político, sino también en las dotes que le caracterizan: la noble é hidalga nación española no estaría bien representada por traidores y desleales.»

¿Y después de leer estas líneas todavía se habla de alianzas y salvación del país?

Parece que el Sr. Bonafós será nombrado gobernador de Granada, el Sr. Palarea de Cádiz, y el Sr. Dupuy de la Coruña.

De *La Regeneración* de anoche tomamos el siguiente suelo:

«Según datos verídicos, de las 200 actas presentadas en la secretaría del Congreso, 103 vienen protestadas en 32 son graves las protestas. Providencialmente parece que hay entre los diputados electos un Sr. Legía, y si este señor, como es justo, figura en la comisión de actas, con echar las sucias á la legía saldrán limpias, y el gobierno habrá logrado sus deseos, por aquello de «la ropa sucia debe lavarse en casa.»

Recordaremos á nuestro colega que era Napoleón quien decía eso de la ropa sucia. Ya ve dicho periódico que lo bueno debe tomarse donde quiera que se encuentre.

Ha extrañado que el real decreto relevando á D. Salvador María de Ory del cargo de oficial primero del ministerio de Marina, no exprese la fórmula de la declaración del haber que por clasificación le corresponda, y á la que le dan seguramente derecho sus buenos y dilatados servicios.

Candidatura de oposicion para la mesa del Congreso:

Presidente: Sr. D. Alejandro Mon. Vice-presidentes: señores Rivero Cidraque, D. Emilio Bernar, D. José Pardo Montenegro, D. Félix García Gomez de la Serna. Secretarios: D. Roman Goicoerrotea, D. Juan Modet.

Hé aquí ahora la ministerial:

Presidente: Sr. D. Antonio de los Rios Rosas.

Vice-presidentes: señores Alvarez (D. Fernando), Echarri, marques de San Carlos y Cuenca (D. Lorenzo).

Secretarios: señores Barroeta y Moraza.

De una carta fecha en el Peñón el 19 de Octubre tomamos las noticias que siguen:

«Estos fronterizos sienten ya la aproximación á sus respectivos partidos del ejército del emperador; pero lo que más les horripila es el nombre del caudillo Mulay-el Abbas; no hay día que dejen de preguntar el objeto de la venida de las tropas; y cuando se les contesta que para castigar á los moros de Melilla, solicitan saber si ellos les tocará alguna cosa: en la actualidad están en buen sentido de paz; sin duda será porque Sid-Bragein habrá llevado algún pelucon del bajá por su mal comportamiento con los cristianos y como resultado del parte que este jefe dió al cónsul de Tánger, por cuya razón hizo extinguir la guardia y no ha vuelto á mezclarse en que vengan ó no á la plaza.

El sherif de Mostaza, Sid Moajamed Adjanioris, quiere hacer una visita al Excmo. señor capitán general de Granada, y al efecto parece que llegará aquí muy en breve para marchar con el vapor según ha mandado á decir.

También se ha dicho en este campo (no sé con qué fundamento) que los cristianos van á abandonar este punto, de lo que no están muy conformes los moros, pues dicen: que si cristiano no tener para componer plaza, pronto venir otros y la harán nueva; pero que ellos quieren vivir mejor con los cristianos de España que con los de otra nación; las cosas que se les ocurren sobre este particular excitán á risa, deduciéndose la veracidad del sentimiento que les causará su abandono.

El 7 del actual se celebraron en esta parroquia, con la ostentación de que es susceptible esta fortaleza, las honras de los que perecieron en Manila por efecto del terremoto: asistieron á este religioso acto los oficiales, empleados y vecinos de la misma, terminando con un solemne responso.»

En reemplazo del Sr. Ory ha sido nombra-

do el Sr. D. Cesáreo Fernandez y Duro, teniente de navío.

Inspira temores la tardanza del correo-vapor de las Antillas; no hay motivo para alarmarse.

Un gentío inmenso, curioso de novedades, como sucede siempre en todos los grandes centros de población, acudió ayer á presenciar la apertura de las Cortes. Hé aquí la descripción de esta solemnidad:

Las tropas, vestidas de gala, se hallaban tendidas en la carrera.

A las doce ménos cuarto anunció el estampido del cañón la salida de palacio de la régia comitiva.

Precedía un piquete de caballería; seguía un carruaje con los reyes de armas; después de este iba en otro la cámara de los serenísimos señores infantes; otro, de los mayordomos de semana; otro, ocupado por la camarera mayor, dama de guardia de S. M. y un gentil hombre, y el de los jefes de palacio conde de Balazote, duque de Bailen, conde de Altamira, sumilleres de corps, y el segundo jefe del cuerpo de alabarderos.

Seguían á estos el del infante D. Sebastian, cuyos caballos llevaban penachos amaranito y blancos; el del infante D. Francisco, con penachos blancos y punzó, y otro coche de respo-

elo. Detrás de cada uno de los de los infantes seguía una escolta de caballería, y á la carroza ocupada por SS. MM. precedían cuatro oficiales de Estado mayor en clase de batidores.

SS. MM., en el coche llamado de la Corona, tirado por caballos blancos rodados en negro. La Reina iba vestida de blanco, con manto de encaje, ostentando en sus sienes una diadema de brillantes. Su augusto esposo, lo mismo que los infantes, vestían de capitanes generales.

Al estribo derecho iba el general Gasset, capitán general de Castilla la Nueva; al izquierdo Lemery, y detrás los ayudantes de su majestad el Rey y varios generales y jefes de Estado mayor militar.

La comitiva siguió por las calles Mayor, Puerta del Sol y Carrera de San Gerónimo.

En la entrada del Congreso se hallaban esperando las comisiones de ambas Cámaras y los ministros de la Corona, que, precedidos de SS. MM. y de los cuatro maceros, entraron en el salon.

Todos los señores diputados y senadores ocupaban en pié los escaños de la Cámara.

Las tribunas estaban cuajadas de gente, ocupando la suya casi todo el cuerpo diplomático.

La Reina ocupó su asiento en el trono, colocándose á su izquierda el Rey, á los lados los ministros de la Corona, y detrás los jefes de palacio, damas de honor y personas de la servidumbre.

El presidente del Consejo, después de besar la mano de S. M., le entregó el discurso de apertura, que S. M. leyó.

CRONICA EXTRANJERA.

Hé aquí los últimos despachos telegráficos recibidos hoy:

PARIS, 3 (por la tarde).

Los embajadores anamitas deben marchar en uno de los días próximos con dirección á Madrid.

Las últimas noticias de los Estados-Unidos anuncian que la infantería del ejército de Lee había invadido los Estados federales, pero se vió precisada á repasar el Anook, habiendo sido derrotada por la caballería federal que la hizo experimentar grandes pérdidas.

«La visita de la emperatriz á Madrid, dice el *Monitor* del 24, está destinada, así en la actualidad como en el porvenir, á ejercer una grata y favorable influencia en las relaciones entre España y Francia.» Estas palabras han llamado justamente la atención de los lectores de aquel autorizado periódico. Y en verdad que no sin motivo el diario oficial, realizando la importancia del viaje de S. M. I., ha querido rendir homenaje á un hecho de todo punto indubitable. Prueba de ello es, que, aparte de lo que nosotros mismos hemos presenciado, lo patentizan también las correspondencias dirigidas desde la coronada villa á la prensa extranjera, sin distinción de matiz político.

Entre los soberanos de España y Francia, si bien reinaba una amistad franca y sincera, no sucedía lo mismo, sin embargo, entre los gobiernos responsables de ambas naciones, que, como vulgarmente se dice, estaban algo políticos y retraídos. No recordaremos, como causa, el conflicto nacido al principio de la expe-

